



Zəndəgi

GREG EGAN

Zendegi es el sistema de realidad virtual más popular en el Irán de 2027. Cada día, millones de usuarios se conectan a sus escenarios y juegos para vivir unas horas de aventuras y diversión. Sin embargo, la presión de sus competidores lleva a los desarrolladores de Zendegi a plantearse mejorar la experiencia, y para ello incorporan Sustitutos: personajes programados con un grado de inteligencia artificial.

Nasim Golestani, programadora de Zendegi, ha aportado a su trabajo sus conocimientos de digitalización de la consciencia relacionados con el Proyecto Conectoma Humano, a pesar de los dilemas éticos que esto conlleva, pues calcula que si con ello consiguen dejar atrás a su competencia, habrá merecido la pena.

Pero en medio del éxito incipiente de su planteamiento, nada puede prepararla para la increíble propuesta que recibe de Martin Seymour. Seymour, un periodista occidental que llegó para cubrir la revolución democrática y se quedó en Irán, tiene un problema, y para solucionarlo desafía a Nasim y a todo Zendegi a ir un paso más allá de sus más locos sueños.

# Primera parte 2012

## 1

Martin miró con ansiedad las cuatro cajas llenas de vinilos en el rincón del salón. En el suelo, junto a ellas, había un plato, un amplificador y unos altavoces con los cables cubiertos de polvo; habían pasado tres semanas desde que vendió la estantería que alojaba los componentes. Los discos pesaban demasiado para llevarlos en el avión hasta Irán y no contaba con que llegaran de una pieza si los mandaba en un paquete aparte. Pensó en dejarlos en un depósito, como hizo cuando fue a Pakistán, pero después de pasarse un mes vendiendo muebles y tirando basura ahora no iba a quedarse a medias: tenía que ser capaz de salir de Sydney con lo puesto, sin dejar nada atrás.

Se acuclilló junto a las cajas para hacer un recuento rápido. Había doscientos cuarenta álbumes; descargarlos todos le costaría más de dos mil dólares. Le parecía un precio ridículo para acabar exactamente con lo mismo, quitando el ruido que pudiera hacer la aguja y algún que otro rasguño insignificante. Siempre podía limitarse a sustituir sus favoritos, pero llevaba décadas arrastrando estas cajas y nunca se había deshecho de ninguno. Eran parte de su historia, un diario escrito en forma de listas de canciones y textos de carátulas; muchos de ellos eran estrambóticos y le producían cierto sonrojo, pero no quería olvidarlos ni renegar de ellos. Reducir la colección sería como una especie de revisionismo; sabía que no volvería a pagar por Devo, The Residents o The Virgin Prunes, pero no quería arrancar esas páginas de su diario y hacer como si se hubiera pasado la juventud sólo en la eminente compañía de Elvis Costello y

The Smiths. Cuanto más oscuro, más discutible y más abiertamente vergonzoso fuera el álbum, más tendría que perder si lo eliminaba de su pasado.

Martin sabía lo que tenía que hacer y se maldijo por no haberlo afrontado antes. En condiciones normales habría buscado en la red y habría cotejado los pros y los contras de los distintos métodos, y luego se habría pasado otra semana pensando cuál elegir, pero no tenía tiempo que perder. En las cajas había casi siete días de música ininterrumpida y su vuelo salía en un par de semanas. No era imposible, pero iba a andar muy justo.

Salió de su apartamento, recorrió el pasillo y llamó a la segunda puerta.

—¡Ya voy! —gritó Alice de mal humor. Medio minuto después apareció en la puerta; llevaba puesto un sombrero de ala ancha, como si se dispusiera a hacer frente al sol de la tarde.

—Hola —dijo Martin—, ¿estás ocupada?

—No, no. Pasa.

Le condujo hasta el salón y con un gesto le indicó que se sentara.

—¿Te apetece un café?

Martin negó con la cabeza.

—No te voy a entretener, sólo quería pedirte consejo. Voy a claudicar y voy a pasar mis vinilos al ordenador...

Alice dijo algo que sonó como «audacia».

—¿Cómo?

—Bájate Audacity; es el mejor programa que hay. Conecta la salida del preamplificador del tocadiscos a la tarjeta de audio, graba todo lo que quieras y guárdalo como archivos WAV. Si quieres poner cada canción en una pista individual, tendrás que hacerlo a mano, pero es muy fácil. —Cogió una libretilla de la mesa, escribió algo y le pasó la hoja—. Si usas estos parámetros te hará la vida más fácil si en algún momento decides grabar CDs.

—Gracias.

—Ah, y asegúrate de que ajustas bien el nivel de grabación.

—Vale. —Martin no quería parecer maleducado, sacándole la información para luego salir corriendo, pero como ella no se había quitado el sombrero supuso que estaba ansiosa por irse—. Gracias por tu ayuda. —Se levantó—. Parece que ibas a salir...

Alice frunció el ceño, pero al momento lo entendió.

—¿Te refieres a esto? —Agarró el sombrero por el ala y se lo quitó, dejando al descubierto una redcilla de cables de vivos colores enredados en su pelo corto y oscuro—. No sabía quién llamaba y tardo diez minutos en volver a pegarme los electrodos.

Aunque no parecía que se hubiese afeitado el pelo, por aquí y por allá se podían apreciar zonas de piel blanca en las que tenía adheridos pequeños discos metálicos. Martin recordó algo que lo desconcertó y lo retrotrajo a su infancia: cuando cepillaba al gato de la familia en busca de garrapatas.

—¿Puedo preguntar para qué son? —dijo.

—Hay una empresa suiza que se llama Eikonometrics que quiere ver si se pueden clasificar imágenes proyectándolas subliminalmente en un monitor y observando la actividad cerebral de la persona que está mirando. Me apunté a una de sus pruebas. Te sientas y trabajas como si nada; ni siquiera ves las imágenes.

Martin se rió.

—¿Te pagan?

—Un céntimo por cada mil imágenes.

—Menudo negocio.

—Espero que cambien los micropagos por una especie de programa de ventajas —dijo Alice—. Como por ejemplo darle a la gente acceso a juegos o películas siempre que esté dispuesta a llevar los electrodos cuando jueguen o las vean. A la larga esperan que funcione con un casco de bio-retroalimentación estándar, como el que usa cualquier ju-

gador, en vez de esta mierda de neurólogo casero, pero los modelos disponibles todavía no tienen suficiente resolución.

Martin estaba intrigado.

—¿Y qué sacas tú?

Alice se ganaba la vida como diseñadora de páginas web, pero parecía dedicar la mayor parte de su tiempo libre a proyectos no del todo encomiables, como por ejemplo el «Atrapado en el tiempo» que hacía que el software que podías probar de forma gratuita durante treinta días pensara que siempre estaba en el primer día del periodo de prueba. Por lo visto no era tan sencillo como mentirle al software acerca de la fecha real; también había que falsear intercambios con servidores remotos.

—Todavía estoy analizando el sistema —dijo—, intentando averiguar cómo engañarlo.

—Vale. —Martin vaciló—. Pero si los expertos no pueden crear un software que clasifique las imágenes tan bien como lo puede hacer un cerebro humano, ¿cómo vas tú a crear un programa que simule tus propias respuestas?

—No tengo que hacerlo —respondió Alice—. Sólo tengo que crear algo que pase por humano.

—Me he perdido.

—No todo el mundo va a reaccionar exactamente igual —dijo ella—. Puede que haya una respuesta claramente mayoritaria para cada clase de imagen, o puede que no la haya, pero lo que está claro es que no vas a obtener la misma señal de todo el mundo. Aunque no sea su culpa, algunos participantes no van a cumplir con su parte; eso es una evidencia estadística. Pero la empresa no se va a atrever a discriminar a la gente con un cerebro que resulta que no se entenece cada vez que ve un gatito mimoso; seguirán recibiendo la misma recompensa. Quiero ver si puedo aprovecharme de ese fallo en la distribución.

—Entonces, ¿estarías contenta haciéndote pasar por una psicópata insensible, siempre y cuando no parezca que

estás clínicamente muerta?

—Básicamente sí.

Martin se frotó los ojos. Aunque admiraba su ingenio, esa necesidad obsesiva por demostrar que podía exprimir el sistema tenía algo que le resultaba tan burdo como la propia idea de la explotación de cerebros.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Gracias por los consejos.

—No hay de qué. —Alice sonrió, y de pronto se sintió cohibida—. ¿Cuándo es tu vuelo?

—En dos semanas.

—Vale. —La sonrisa seguía ahí, incómoda, y Martin se dio cuenta de que lo que la avergonzaba no era su excéntrica reddecilla—. Siento mucho lo de Liz —dijo.

—Ya.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Quince años.

Alice parecía asombrada; llevaba casi un año siendo su vecina, pero lo más probable era que el tema no hubiera salido hasta ahora. Alice tenía unos veinticinco años; quince le parecerían toda una vida.

—Creo que Liz decidió que después de Islamabad no iba a aguantar más destinos difíciles —dijo Martin. No podía culparla. Irán y Pakistán no eran los sitios más apetecibles para una mujer occidental que no tuviera sus propias razones para estar allí. Liz trabajaba en el mundo de las finanzas, para una empresa que no se preocupaba de dónde viviera siempre que tuviera una conexión a internet, pero Martin sospechaba que en algún rincón de su mente se había ido formando la idea de que los años en el purgatorio se verían recompensados con París o Praga. En cambio, los jefes de Martin pensaron que su estancia en Pakistán era la preparación perfecta para su nuevo corresponsal en Teherán. Después de pasarse doce meses en Sydney holgazaneando como jefe de redacción de la web de la cadena, ya era hora de volver a trabajar sobre el terreno.

—Lo siento —repitió Alice.

En señal de agradecimiento Martin movió la hojita con la chuleta y, parodiando el tono de voz meloso de un DJ nocturno de los ochenta, respondió:

—Será mejor que me vaya a pinchar unos discos.

Martin empezó con *Touch* de Eurythmics. Se entretuvo un buen rato con los cables y con la configuración del programa, comprobando y volviendo a comprobar cada opción, y cuando terminó la grabación puso el álbum entero para asegurarse de que todo había funcionado bien.

La voz de Annie Lennox le seguía poniendo la carne de gallina. Sólo la había visto actuar en directo una vez, en enero de 1984, en un festival en un campo embarrado al norte de Sydney. Eurythmics compartía cartel con Talking Heads, The Cure y The Pretenders. Unos chaparrones inesperados para la estación habían empapado la zona de acampada y todavía se acordaba de cómo había hecho cola bajo la lluvia para usar unos retretes inenarrables, pero había merecido la pena.

Por aquel entonces Martin tenía dieciocho años; aún iba a tardar más de una década en conocer a Liz. De hecho, todos sus vinilos eran de antes de conocerla; para cuando se mudaron a vivir juntos se había comprado un reproductor de CD y ahora la banda sonora de toda su relación estaba a buen recaudo en su disco duro, fuera de su vista. Esas cajas llenas de vieja música le transportarían a una época anterior a ella, y con la posible excepción de Ana Ng, uno no podía echar de menos a alguien que aún no había conocido.

La idea le sedujo y durante unas cuantas horas se sumergió en el mundo de los Talking Heads, empapándose de su extraño y cándido optimismo. Pero al caer la tarde empezó con Elvis Costello y la cosa se puso algo más sombría. Podía haberse puesto a rebuscar algo más animado en las cajas (por algún lado había una recopilación de Mad-

ness), pero estaba cansado de manipular sus emociones. Aunque la música se limitaba a retrotraerlo, el mero hecho de viajar en el tiempo empezaba a ponerlo sensible. Si seguía a este ritmo durante dos semanas acabaría hecho polvo.

Siguió con la maratón de grabación: le daba la vuelta a los discos y los cambiaba como si fueran tortitas, pero bajó el volumen de la reproducción para no tener que escuchar más. Mejor empezar a pensar en el futuro inminente; Martin abrió su navegador y se puso al día de la actualidad iraní.

El grupo de oposición que había acaparado más atención en la fase previa a las próximas elecciones parlamentarias era Hezb-e-Haalaa, literalmente el «Partido del Ahora». Los extranjeros que no articulaban bien a veces lo pronunciaban casi igual que Hezbollah, «Partido de Dios» (por no hablar de que confundían el Hezbollah iraní con el grupo libanés del mismo nombre), pero no podían ser más distintos. Entre otras cosas, Hezb-e-Haalaa preconizaba el reconocimiento del estado de Israel; en palabras de Dariush Ansari, el fundador del partido: «Irak mató a un millón de nuestros ciudadanos en la guerra, pero ahora mantenemos relaciones diplomáticas normales con ellos. Cuando propongo hacer lo mismo con Israel, no apruebo los actos de esa nación más de lo que nuestros estimados líderes aprobaron la invasión de nuestro territorio y la masacre de nuestro pueblo cuando enviaron a su embajador a Bagdad».

Ansari viajaba con un guardaespaldas para desanimar a los fanáticos que, actuando por su cuenta, quisieran reprocharle físicamente esta línea de razonamiento, y seguía existiendo la posibilidad de que su bocaza acabara llevándole a la cárcel de Evin, pero su postura sobre la reforma económica, jurídica y social era mucho menos polémica y recibía un apoyo considerable en los sondeos de opinión. Aunque la votación fuera totalmente abierta y limpia, lo más seguro es que Hezb-e-Haalaa no consiguiera la mayoría en el Majlis (una cámara que en cualquier caso sólo tenía

un poder limitado), pero junto con otros reformistas todavía podía dejar en evidencia al presidente conservador.

No obstante, la última palabra sobre la elegibilidad recaía en los doce miembros del Consejo de Guardianes, que acababan de dictaminar que cualquier candidato que perteneciera a Hezb-e-Haalaa estaba incapacitado para presentarse a las elecciones. El Consejo había tomado la iniciativa y los había eliminado de la votación de un plumazo; ya no había necesidad de manipular los resultados para mantenerlos fuera del Majlis, ni de arriesgarse a tener que volver a escuchar el grito de «¿Dónde está mi voto?».

El vuelo a Singapur salió de Sydney a las nueve de la mañana, una hora muy civilizada, pero Martin se había pasado despierto las últimas cuarenta y ocho horas, ocupado con un sinfín de tareas que había dejado para el último momento, y su reloj biológico ya no distinguía entre horas buenas y malas para viajar. Se pasó el viaje echando cabezadas. Ocho horas más tarde, mientras recorría a buen paso el aeropuerto de Changi, se seguía sintiendo como una versión reducida de sí mismo, un autómatas con visión de túnel que lo ignoraba todo menos los signos que le prometían llevarlo hasta la puerta de embarque a Dubai. En realidad tenía una escala de noventa minutos, pero nunca podía relajarse hasta que no sabía exactamente dónde tenía que estar a la hora de salida.

En el vuelo hacia Dubai la neblina mental empezó a disiparse. Sabía que los próximos días iba a tener dolor de cabeza, pero al menos estaba seguro de que no se había dejado nada por hacer y no tendría que mandar una serie de correos electrónicos a Sydney suplicándole a la gente que se ocupara de sus asuntos pendientes. Si el avión se precipitaba en el océano Índico podría ahogarse tranquilo, sin temor a que los agentes inmobiliarios le pusieran en una

lista negra después de muerto por no llevar las cortinas a la tintorería.

El pasajero del asiento de al lado era un ingeniero de telecomunicaciones que se llamaba Haroun y se dirigía a Abu Dabi. Cuando Martin le explicó que iba a cubrir las elecciones iraníes, Haroun le respondió afablemente que dudaba que fueran a ser tan noticiables como los anteriores comicios presidenciales. Martin no podía rebatirle ese pronóstico; después de la agitación de 2009 lo más probable era que estas elecciones fueran a ser las más manipuladas en décadas. Con todo, nadie creía que los rescoldos se hubiesen apagado del todo.

En el estado en que se encontraba no tenía sentido que se pusiera a releer sus apuntes sobre las elecciones; se puso los cascos e inició iTunes. La biblioteca de música del programa permitía almacenar las portadas de los discos y al principio él mismo había sacado fotos de cada álbum, pero no era fácil conseguir una buena iluminación o unos buenos ángulos, así que acabó cogiendo las imágenes de la red. Muchas de las carátulas también incluían letras, notas y material gráfico adicional, pero no había tenido tiempo de digitalizar nada de eso. El día antes del vuelo llevó las cajas a una tienda benéfica de segunda mano en Glebe, pero le dijeron que si no tenía artículos de coleccionista, sus vinilos no valían el espacio que iban a ocupar en las estanterías. A estas alturas ya estarían en algún basurero.

Martin le echó un vistazo a las carátulas. Lo cierto es que eran más evocadoras que una simple lista de nombres, pero aunque las imágenes aparecían en un reluciente estante imaginario y las habían dotado de perspectiva y reflejos, los efectos de 3D falso hacían que parecieran las piezas de una exposición un tanto forzada.

Pero bueno, tenía la música, que era lo que importaba. Incluso se había tomado la molestia de hacer una copia de seguridad de todo en un disco externo; su portátil podía achicharrarse y estas memorias sobrevivirían intactas.

Quería escuchar algo de Paul Kelly, pero no sabía por dónde empezar, así que dejó que eligiera el programa. «St Kilda to King's Cross» sonó por los cascos; Martin cerró los ojos y se reclinó en el asiento sonriendo con nostalgia. Le siguió «To Her Door», una canción sobre una ruptura y una reconciliación. Martin mantuvo la sonrisa, concentrándose en la fuerza y la sencillez de la letra, negándose a aceptar cualquier conexión con su propia vida.

Se oyó un ruido fuerte, como un crujido. Se quitó los cascos apresuradamente, preguntándose si no se estaría perdiendo un mensaje de emergencia del piloto. Pero aparte del monótono zumbido de los motores en el avión reinaba el silencio, y podía ver a una azafata charlando tranquilamente con un pasajero. Tal vez había sido una especie de interferencia eléctrica.

En mitad de la siguiente canción, «You Can't Take It With You», volvió a oír el crujido. Paró la canción, retrocedió unos segundos y la puso otra vez. El ruido aparecía de nuevo, como si fuera parte de la grabación. Pero no sonaba como si hubiera polvo en la aguja, o como si el vinilo estuviera rayado, o como si una interferencia de un móvil o un fluorescente hubiese alterado los circuitos. La voz de Kelly subía repentinamente y se transformaba en el ruido; era como si dentro de los auriculares hubiera algo mecánico que rascara la carcasa cuando el sonido era demasiado alto. Pero cuando Martin volvió a poner el tema bajando un poco el volumen, el ruido seguía estando ahí.

Empezó a poner más temas de forma aleatoria. Se le cayó el alma a los pies; prácticamente una tercera parte tenía el mismo problema, como si alguien se hubiese dedicado a pasarle una lija a su colección de discos. Se imaginó a Liz en la oscuridad, mirando en las cajas, espoleada por el fantasma de Peter Cook en *Bedazzled*. Pero no era tan mezquina y vengativa, no era su estilo.

—Parece muy enfadado con esa máquina —dijo Haroun—. Puede usar mi portátil si le sirve de algo.

Nervioso, Martin se preguntó si no se le habría escapado alguna de las obscenidades que se le habían estado pasando por la cabeza; un comportamiento que se saliera un poco de lo normal bastaba para que un agente de paisano demasiado entusiasta te metiera un chute de tranquilizante para caballos y te encerrara en el baño.

—Es muy amable —contestó—, pero no me urge. Y no creo que el problema sea del portátil. —Le explicó lo que había hecho con su colección de discos—. Comprobé los siete u ocho primeros discos y todo sonaba perfecto.

—¿Puedo escucharlo?

—Claro. —Martin buscó un ejemplo del extraño defecto y le pasó los cascos a Haroun.

Después de unos segundos su compañero de asiento esbozó una sonrisa de amarga satisfacción.

—Es la forma de la onda. Me temo que tiene razón: a su reproductor no le pasa nada, es parte de la grabación.

—¿La forma de la onda?

—Puso el nivel de grabación demasiado alto.

—¡Pero si lo comprobé! ¡Ajusté el nivel cuando hice el primer álbum y funcionó bien por lo menos con los seis siguientes!

—La intensidad de la señal varía de un disco a otro —dijo Haroun—. Ajustar bien el nivel para los primeros no garantiza que vaya a estar bien para los demás.

Seguramente eso era verdad, pero Martin seguía sin entender por qué el efecto era tan desastroso.

—Si el nivel del tocadiscos estaba demasiado alto para el ordenador, ¿por qué no se limita... a grabarse más bajo que el original? ¿Por qué no pierde rango dinámico y ya está?

—Porque cuando el nivel está demasiado alto —le explicó con paciencia Haroun—, no reduces la onda, lo que haces es decapitarla. Cuando el voltaje supera el valor más alto que la tarjeta de sonido puede representar como información, ella sola no puede improvisar y reajustarlo todo.

Simplemente llega al máximo y traza una línea recta en lugar de la maraña de picos de la señal verdadera. Y cuando se trunca una onda de esa manera, no sólo se pierden matices del original, también se genera ruido por todo el espectro.

—Entiendo. —Haroun le devolvió los cascos y Martin intentó tomarse a risa el revés—. Parece que al final voy a tener que pagarles unos cuantos céntimos más a estos músicos famélicos. Me cuesta creer que perdiera tanto tiempo y que lo hiciera tan mal.

Haroun se quedó callado un momento, y luego dijo:

—Permítame que le enseñe algo. —Arrancó su portátil y accedió a una página web desde la caché del navegador—. Este libro es una traducción al inglés de un cuento en árabe; se publicó en el siglo XIX, así que ahora es de dominio público. Una empresa estadounidense consiguió una copia y la escaneó, permitiendo que todo el mundo tenga acceso a ella. Muy generoso por su parte, ¿no?

—Supongo que sí. —Desde su sitio Martin no podía ver bien la pantalla, pero en la barra de título ponía *The Slave Girl and the Caliph*.

—El reconocimiento óptico de caracteres no es perfecto —dijo Haroun—. A veces el software puede darse cuenta de que ha habido un problema y pedir la intervención de una persona para que lo arregle, pero ese proceso tampoco es perfecto. Este cuento no es muy conocido, pero mi abuelo me dio un ejemplar cuando tenía diez años, así que sé que la heroína se llama Mariam. En esta versión digital, escaneada de la traducción inglesa, la «r» y la «i» del nombre se han convertido en una «n» en todo el texto. Mariam se ha convertido en Manam, que, aparte de ser una isla frente a la costa de Papúa Nueva Guinea, que yo sepa no significa nada en ningún idioma.

—No parece el tipo de error que cometería un traductor —dijo Martin—. A no ser que estuviera compitiendo con Richard Burton por ver quién fumaba más opio.